

# La IA como enemigo.

## ¿Por qué nos cuentan que las máquinas vienen a por nosotros?

### 1. La amenaza.

Hay un relato que se repite con insistencia creciente en los medios, en los discursos de los gurús tecnológicos y hasta en las conversaciones de bar. Un relato que dice que la inteligencia artificial viene a por nosotros, que nos va a quitar el trabajo, nos va a superar y que va a tomar el control. Que el futuro es inevitable y que solo podemos adaptarnos o sucumbir. El relato tiene todas las características de una buena película: un enemigo poderoso, una humanidad indefensa y una cuenta atrás hacia el desastre.

Pero hay algo que no encaja. Los que difunden ese relato son, en su mayoría, los mismos que están desarrollando la tecnología que supuestamente nos amenaza. Los que advierten del peligro son los que lo están creando. Los que predicen el apocalipsis son los que se benefician de él. Esa coincidencia debería hacernos sospechar. Porque cuando alguien nos advierte de un peligro y al mismo tiempo lo fabrica, no está siendo honesto, está construyendo un relato que le conviene.

Este ensayo no niega los riesgos reales de la inteligencia artificial. No pone en duda que la automatización destruye y destruirá empleos, que los algoritmos perpetúan sesgos y que la vigilancia masiva es una amenaza para la libertad, porque todo eso es obvio.

Lo que trata de analizar es por qué, entre todos los riesgos posibles, se nos habla de unos y se silencian otros. Por qué el relato dominante es el de la IA asesina y no el de la IA precarizadora. En otras palabras, por qué se procura que tengamos miedo a las máquinas en lugar de a quienes las controlan.

## **2. El globo sonda. Preparar a la sociedad para lo que viene.**

Cuando un gobierno quiere tomar una medida impopular, a veces filtra la noticia a los medios para medir la reacción. Si la respuesta es demasiado negativa, se desmiente y se pospone. Si la respuesta es tibia, se confirma y se ejecuta. Eso es un globo sonda y el relato apocalíptico sobre la IA cumple esa función (la famosa ventana de Overton).

Cada vez que un gurú tecnológico anuncia que la IA va a destruir millones de empleos, está lanzando un globo sonda, está preparando a la sociedad para aceptar esa destrucción como inevitable, está acostumbrándonos a la idea de que el futuro será peor, de que no hay alternativa y de que solo queda adaptarse. Y al hacerlo, está creando las condiciones para que eso ocurra (la famosa profecía autocumplida).

La profecía se cumple porque se profetiza. Los empresarios que despiden a sus trabajadores para sustituirlos por algoritmos no lo hacen porque la IA sea más eficiente, sino porque el relato dominante les da cobertura. Pueden despedir sin que se les cuestione, porque "es lo que toca", porque "viene la IA" y porque "hay que adaptarse". El miedo colectivo legitima decisiones que de otro modo serían rechazadas.

## **3. Los intereses de las élites tecnológicas.**

Si la IA es una amenaza existencial, necesitamos expertos que nos protejan. Y esos expertos son los mismos que desarrollan la tecnología. Las grandes tecnológicas (OpenAI, Google, Microsoft, Meta, etc.) se presentan como las únicas capaces de gestionar los riesgos que crean.

Este movimiento tiene una lógica perversa. Cuanto más miedo generan, más poder acumulan. Cuanto más poder acumulan, más difícil es regularlas. Y cuanto más difícil es regularlas, más pueden seguir generando miedo. Es un círculo vicioso que les beneficia. Cada nueva alarma sobre la IA (el robot que se rebela, el algoritmo que discrimina o la máquina que aprende sola) es una oportunidad para reclamar más recursos, atención y poder.

La dependencia no es un efecto secundario, es el objetivo. Un mundo que teme a la IA es un mundo que necesita a quienes la controlan y un mundo que necesita a las élites tecnológicas es un mundo donde esas élites gobiernan de facto, sin haber sido elegidas, sin rendir cuentas y sin contrapesos democráticos.

#### **4. Los riesgos reales y los fabricados.**

Lo que no se dice es tan importante como lo que se dice. Los riesgos de los que se nos advierte son de ciencia ficción, riesgos que dan miedo pero que no cuestionan el orden establecido. Son amenazas que no señalan a nadie, no exigen cambios estructurales y no incomodan a los poderosos.

Los riesgos reales son menos vistosos, pero más urgentes. La IA no viene a matarnos, viene a precarizar el trabajo, concentrar la riqueza todavía más, intensificar la vigilancia, manipular nuestras opiniones y discriminar por razón de género, raza o clase. Viene a reforzar las desigualdades existentes, no a crear otras nuevas. Viene a hacer más poderosos a los que ya lo eran, no a sustituirlos.

El relato del enemigo tecnológico desvía la atención de estos problemas. Nos hace temer a las máquinas en lugar de a los que las controlan. Nos hace debatir sobre regulaciones imposibles en lugar de sobre redistribución. Nos hace imaginar futuros distópicos en lugar de analizar el presente. Es la estrategia más antigua del poder: ofrecer un enemigo externo para que no se mire hacia dentro (el elefante en la habitación).

#### **5. El fatalismo como rendición.**

Si la IA es imparable, no hay nada que hacer. Esa es la conclusión que se deriva del relato apocalíptico. No podemos regularla, ni frenarla, ni orientarla. Solo podemos adaptarnos y adaptarse significa aceptar las condiciones que imponen quienes controlan la tecnología: menos derechos, más precariedad, desigualdad y vigilancia.

El fatalismo es la forma más eficaz de rendición. No necesita ejércitos ni policías. Basta con convencer a la gente de que el futuro está escrito, de que no hay alternativa, de que resistirse es inútil. Cuando la sociedad cree que no puede cambiar nada, deja de intentarlo. Y cuando deja de intentarlo, el poder puede hacer lo que quiera sin encontrar resistencia.

La inteligencia artificial no es una fuerza natural. No es el clima, ni un terremoto, ni una ley de la física. Es una tecnología diseñada por humanos, con intereses humanos, en un contexto humano. Decir que "es imparable" es una forma de renunciar a la política, es aceptar que las decisiones sobre nuestro futuro no nos pertenecen y es rendirse antes de haber luchado.

## **6. La IA como coartada para no cambiar nada.**

El discurso del fin del trabajo es el ejemplo más claro. Si la IA va a destruir millones de empleos, entonces hay que prepararse para un mundo sin trabajo. Y prepararse significa aceptar la renta básica como limosna, dismantelar el Estado del bienestar y reducir los derechos laborales. La IA no es la causa de estos cambios, es la coartada para justificarlos.

Lo mismo ocurre con la automatización de los servicios públicos. Si un algoritmo puede gestionar las citas médicas, entonces no hacen falta recepcionistas. Si un chatbot puede responder a las consultas, entonces no hacen falta funcionarios.

La IA se presenta como una solución a la falta de recursos, cuando en realidad es una forma de recortar gastos y precarizar el empleo. La eficiencia es el argumento, la reducción de costes es el objetivo.

La IA también sirve para justificar la concentración de poder. Si la tecnología es tan compleja que solo unos pocos pueden entenderla, entonces solo unos pocos pueden gobernarla. La democracia se vuelve un obstáculo, la participación un riesgo y la transparencia una ingenuidad. La IA se convierte en la coartada perfecta para el gobierno de los expertos, que casualmente son los mismos que controlan la tecnología.

## **7. Recuperar la capacidad de decidir sobre nuestro futuro.**

La inteligencia artificial no decide por nosotros. Los que deciden son otros. Y esos otros tienen nombres, intereses y responsabilidades. No son fuerzas anónimas, ni algoritmos sin dueño, ni máquinas que actúan solas. Son empresas, gobiernos, élites que toman decisiones en función de sus intereses. Y esas decisiones pueden cuestionarse, regularse y revertirse.

Recuperar la capacidad de decidir sobre nuestro futuro significa politizar la tecnología, dejar de hablar de "la IA" como si fuera una entidad autónoma y empezar a hablar de los que la diseñan, financian y despliegan. Significa exigir transparencia en los algoritmos, auditorías independientes y regulación democrática. Significa redistribuir los beneficios de la automatización, garantizar los derechos laborales en la era digital y proteger la privacidad y la libertad.

No se trata de rechazar la tecnología, sino de decidir quién la controla, para qué y en beneficio de quién. La IA no es el enemigo. El enemigo es el relato que nos convence de que no podemos hacer nada. El enemigo es el fatalismo, es la renuncia a la política, es aceptar que nuestro futuro lo deciden otros.

La historia no está escrita, el futuro no es inevitable y las máquinas, por ahora, no deciden nada.

O decidimos nosotros o dejamos que decidan ellos. Esa es la cuestión.